

RETORNO A HEGEL

ENRIQUE VILLANUEVA
Universidad Nacional
Autónoma de México

La publicación por Charles Taylor de su libro sobre Hegel¹ debe considerarse un acontecimiento. La comprensión de la filosofía de Hegel resulta indispensable para todo estudioso de la filosofía. Sin embargo, las obras de Hegel se han venido considerando un paradigma de oscuridad —si no es que de confusión— filosófica. Esto explica su relativa eliminación de las discusiones actuales.

El estudio de Taylor ayudará a modificar esta impresión de manera que las nuevas generaciones puedan conocer todas las cosas importantes que Hegel tiene que decir acerca de los problemas fundamentales de la filosofía.

En lo que sigue expondré algunas reflexiones que me ha suscitado la lectura de esta obra. Ellas son de varia índole; a saber, sobre el carácter de la filosofía de Hegel, sobre la forma en que Taylor estudia esa filosofía, sobre la tesis de la necesidad de Hegel y sobre una posible interpretación de la filosofía de Hegel que resulte viable y fecunda.

I. Algunas características de la filosofía de Hegel

Hegel es el más consumado representante de la gigantomanía metafísica. Su punto de partida, así como de llegada, es el absoluto. Hegel no puede tolerar nada que no sea el absoluto o la totalidad. Todo tiene que medirse desde esa totalidad y es en base a ese criterio como las teorías, acciones, etcétera, adquieren valor o deben quedar reducidas a “momentos” dentro del recorrido del absoluto.

¹ Charles Taylor, *Hegel*. Cambridge, 1975, xii + 580 pp.

Una dificultad terrible y recurrente con Hegel es que no establece explícitamente los criterios para que algo califique como absoluto. Hegel procede considerando una tesis —por ejemplo, la tesis ética de Kant— y entonces la somete a severa crítica. El resultado no es, sin embargo, la eliminación de esa teoría; se la considera un momento necesario y por lo tanto un elemento de la totalidad, pero insuficiente por él mismo para calificar como totalidad o absoluto.

De esta manera, comparecen ante nuestra conciencia una serie de tesis, actos, instituciones, argumentos, etcétera, como partes de la totalidad. Ahora bien, esas partes o momentos deben “deducirse” en forma tal que se muestre su encañamiento e interconexión, así como el tránsito de la una a la otra hasta concluir en una última, definitiva.

El complejo que así resulta tiene al mismo tiempo las siguientes características: es único y por tanto no permite otras totalidades alternativas; es necesario porque tiene que ser ése y no otro y porque cada parte o momento tiene que relacionarse de esa manera y no de otra cualquiera; es público, es decir, exige manifestarse exteriormente y, finalmente, es racional porque es conceptual y no intuitivo o emocional. Con estas características Hegel combate el subjetivismo de los racionalistas como Descartes, el romanticismo de algunos de sus contemporáneos y el convencionalismo contingente de los empiristas. Estos tres enemigos —cada uno por su propia vía— desembocan en la irracionalidad, de manera que el rechazo de los tres resulta en la radical afirmación de la racionalidad.

Hegel piensa que el filosofar desde la totalidad impone ciertas exigencias ineludibles y que la tarea filosófica así entendida debe mostrar, en forma interna, la insuficiencia de una serie de candidatos que se ofrecen para capturar esa totalidad o absoluto. En lugar preponderante están los dualismos que atentan contra la unidad que existe necesariamente entre nuestra subjetividad y la naturaleza, así como tam-

bién entre la subjetividad y las formas institucionales de la vida social y, finalmente, entre la subjetividad y las formas en las que se expresa. La filosofía debe disolver las dicotomías de espíritu y materia, mente y cuerpo, individuo y sociedad, objetividad y subjetividad, libertad y necesidad, parte y todo, conocimiento y ser, teoría y práctica, ser y deber, realidad y propósito o fin, etcétera.

La visión a la que arriba Hegel es la de una armoniosa complejidad en que una diversidad conceptual estratificada subyace a la totalidad que la absorbe, ubica y satisface. Pero, insiste Hegel, él usa una técnica para mostrar todo esto y ésta es su diferencia y su valor frente a todos sus predecesores. Hegel intenta una tarea sin igual y la resuelve con un instrumento no imaginado antes de él.

¿De dónde nace la fascinación intuitiva que nos produce, por ejemplo, la lectura de la *Fenomenología*? De una necesidad muy fuerte, muy humana, muy intelectual y muy filosófica, a saber, la de formular o expresar la síntesis entre nuestra subjetividad y todo lo demás. No solamente nuestro lugar dentro del orden de las cosas o nuestro lugar en el cosmos, sino la identidad de nuestro yo con el mundo. Éste es un problema filosófico por excelencia, que desborda los límites estrechos dentro de los cuales se ha desenvuelto la filosofía analítica —para citar un ejemplo— pero no los límites dentro de los cuales se puede desenvolver. Y pienso que la situación actual se presenta propicia —como en el tiempo de Hegel— para dar este nuevo “salto”.

Resumo por lo tanto las características de la solución de Hegel: totalismo no-reduccionista, apodicticidad, esencialismo, expresivismo o anti-subjetivismo, mentalismo, monismo e idealismo. Estos ingredientes componen la magnificente construcción. Pueden ser falsos; su combinación puede resultar impropia o su derivación ilegítima, pero no debemos ignorar la cura que buscan proporcionar a una necesidad constitutiva de nuestra condición humana.

II. La interpretación de Taylor

La obra de Taylor representa el primer esfuerzo analítico por dismantelar la enorme construcción de Hegel y traducirla al lenguaje que hablamos y entendemos, de manera que podamos apreciar honestamente lo ingenioso de sus argumentos y objeciones, así como la índole y profundidad de sus tesis.

Taylor expone con lucidez dichas tesis, y exhibe un gran talento sintético al cubrir toda la obra de Hegel en poco más de 500 páginas. Obras como la *Fenomenología* o la *Lógica* desfilan ante nuestros ojos debidamente disectadas para que podamos someterlas a una apreciación crítica.

El análisis de Taylor deja atrás obras como las de Kojève² e Hyppolite.³ El primero escribió una obra fascinante llena de intuiciones profundas y de pensamientos iluminadores, dando poco crédito al argumento y a la validez de esas intuiciones. Sin embargo, en cuanto uno se despoja del encantamiento de una primera lectura, las dudas surgen y se amontonan. Esto indica que las intuiciones de Kojève necesitan ser digeridas filosóficamente. Por otra parte, Kojève cae en la heterodoxia al intentar hacer que los pensamientos del joven Marx y de los llamados existencialistas resuenen en cada frase de la *Fenomenología*.

El caso de Hyppolite es diferente y para mal. Hyppolite padece una teoría viciosa de acuerdo con la cual hay que preservar en su total pureza el pensamiento del autor interpretado, sin aumentar ni disminuir en nada esa pureza original. El resultado práctico es el de un encadenamiento de oraciones de Hegel que se supone deben iluminarse y elucidarse mutuamente, una especie de “el autor por él mismo”. Además de aburrido, el estudio —si así se le puede llamar— resulta infecundo y por lo tanto dispensable.

² A. Kojève, *Introduction à la lecture de Hegel*. Gallimard, París, 1947. (Hay traducción castellana.)

³ J. Hyppolite, *Genese et Structure de la Phenomenologie de l'Esprit de Hegel*. Aubier, París, 1946.

Taylor posee un talento analítico que le preserva de caer en los errores anteriores. La suya es asimismo una interpretación intermedia entre otros extremos; a saber, el de las interpretaciones que encaran a los filósofos desde el punto de vista de los problemas —como es el caso reciente de las de Dummett⁴ y Strawson⁵— y el de aquéllas que van traduciendo paso a paso el lenguaje del autor original y encontrando el sentido de sus oraciones y pensamientos, para luego ver si se ajustan al problema que tratan de resolver o, de no ser así, se les debe por lo tanto, objetar. Tal es el trabajo minucioso de Warnock respecto a Berkeley.⁶

Taylor busca un camino intermedio. No encara a Hegel desde los problemas para ver dónde avanza y dónde fracasa y luego decidir qué es lo que se debe proporcionar al argumento o tesis de manera que se evite el fracaso. Ésta es la forma en que —por ejemplo— Strawson examina a Kant: fija el problema que Kant encara y procede a dar sentido a las oraciones de la *Crítica de la razón pura*; donde esto no es posible, enmienda o recomienda. En esta forma, las tesis de Kant adquieren mayor sentido pero, sobre todo, se vuelven argumentables.

Aunque Taylor no sigue ortodoxamente ninguno de los dos modelos mencionados antes, sí lo hace en parte, pues por un lado traduce constantemente el lenguaje de Hegel —cosa que en sí misma representa un esfuerzo enorme— y por otro hace resonar en las tesis hegelianas los problemas contemporáneos de la filosofía de la mente y el lenguaje, es decir, de la metafísica y de la filosofía social y política de nuestra época. En esta forma, el estudio de Taylor nos permite ver las objeciones de Hegel en contra del liberalismo individualista, del formalismo ético y epistemológico, de la metafísica atomista, etcétera, y en tal forma hace que el

⁴ M. Dummett, *Frege*. Duckworth, London, 1973.

⁵ P. F. Strawson, *The Bounds of Sense*. Methuen, London, 1966. (Hay traducción castellana en Revista de Occidente.)

⁶ G. J. Warnock, *Berkeley*. Penguin, London, 1953.

pensamiento de Hegel adquiriera una actualidad imposible de evitar para todo filósofo cabal.

El trabajo de Taylor representa, por lo tanto, una forma aceptable de historia filosófica; es quizá la más adecuada, dado su propósito de cubrir la obra de Hegel en su totalidad. No es la obra definitiva sobre el pensamiento de Hegel, pero sí será el punto de partida de futuros estudios que analicen para nuestra época las intuiciones profundas de este filósofo.

III. La subjetividad

Es un acierto de la interpretación de Taylor el haber comprendido que el centro de las preocupaciones de Hegel lo ocupa el problema de la subjetividad, y es una aportación suya el distinguir la teoría expresivista de la teoría de la ilustración acerca de la subjetividad. Éste es en verdad el problema para todos, y una forma de entender su complejidad y las dificultades al tratar de proporcionar una solución consiste en recurrir al enorme fresco que nos legó Hegel.

Nuestros pensamientos, sentimientos, sensaciones, emociones, nos plantean la necesidad de definir nuestra identidad frente a la identidad de los objetos materiales (incluido nuestro cuerpo), frente a las instituciones sociales, etcétera. El punto de vista desde el cual apreciamos y captamos el mundo parece ser irreducible al mundo mismo. Éste es en suma el problema de la subjetividad, a saber: si no podemos reducir la subjetividad al mundo ¿qué debemos hacer con ella? En contra del materialismo, Hegel subsume la totalidad en la subjetividad, pero en una forma no-reduccionista. Mediante una derivación *a priori*, procede a mostrar que aun cuando aparentemente hay una dualidad entre la subjetividad y el mundo, ésta no existe en realidad y paso a paso, en una espiral ascendente, va mostrando que la subjetividad es la totalidad.

¿Quiere esto decir que Hegel completa la tesis cartesiana del *cogito*? No del todo, pues Hegel rechaza la teoría de la conciencia de Descartes por lo menos en dos aspectos —a

saber, en lo que toca a la tesis de la inmediatez y de la certeza atómica— por cuanto Hegel admite el error de la conciencia y rechaza el fundamentalismo atomista en favor de un totalismo; por otra parte, rechaza el subjetivismo de Descartes y los vicios familiares en él: el escepticismo y el solipsismo.

Sin embargo, en otro sentido, Hegel retoma el punto fundamental de la teoría cartesiana, el *cogito*, y lo lleva en una dirección a sus últimas consecuencias. Mencionaré un punto básico: en la disputa entre teorías realistas y verificacionistas, Hegel toma partido por estas últimas, si bien desarrollando un verificacionismo propio. Lo que Hegel introduce es el requisito de que la subjetividad cobre conciencia de la totalidad, advirtiendo cómo cada candidato que aspira a dar cuenta de esa totalidad fracasa por una u otra razón. Hay por lo tanto una cadena de tomas de conciencia hasta que al final la conciencia arriba al conocimiento de que la subjetividad es (idéntica con) la totalidad. Este paso final es el absoluto. Parafraseando a Descartes, diríamos que el *cogito* llega a ser idéntico con la totalidad y por lo tanto no puede haber totalidad sin *cogito*.⁷ Ésta es ciertamente una manera de negar la tesis central del realismo y es una forma de verificacionismo.

Visto desde este punto de vista, Hegel defiende un verificacionismo totalista, y esto es lo que caracteriza al racionalismo complejo que opone al racionalismo y al romanticismo de su época. Es una lástima que Taylor no contemple la obra de Hegel desde la perspectiva de este problema central.

IV. Necesidad

Hegel necesita de una argamasa para unir esa enorme variedad de elementos mencionados en (I) y de los cuales es

⁷ Pero entonces el *cogito* deviene la totalidad y pierde el carácter atómico y subjetivo que le confiere la tradición cartesiana. Esto quiere decir que el tipo de verificacionismo que Hegel desea debe concebirse como un verificacionismo que es a su vez un realismo. Aún cuando el mensaje de Hegel es claro hay que exhibir cómo se puede lograr una solución tal.

una especificación lo dicho en el apartado anterior. Es decir, necesita establecer la conexión o las conexiones entre esa variedad de conceptos para que puedan constituir la totalidad conceptual única. Esa argamasa es la necesidad generada por la contradicción, la cual tiene una forma dialéctica que genera al absoluto. El tema central lo constituye, así, la contradicción, pues de ella depende la necesidad del sistema de Hegel.

Dicho en otra forma, la totalidad o absoluto tiene una única estructura necesaria que es generada por la contradicción. El núcleo de la teoría de la necesidad de Hegel reside, por lo tanto, en su tesis de la contradicción. La necesidad es para Hegel algo interno al absoluto, pues, dado su punto de partida, no tiene sentido buscar necesidad fuera del absoluto. Desde esta perspectiva se puede apreciar mejor la razón de Hegel para hacer recaer el peso de la necesidad en la contradicción, ya que ésta provee un proceso interno o inmanente a la totalidad.

Y bien, es en este tema fundamental donde una de las virtudes de la obra de Taylor brilla por dos razones: porque selecciona la dialéctica de la cosa (*Dasein-Etwas*) y porque aplica con fecundidad el análisis lingüístico para despejar una equivocación crucial en la abstrusa terminología de Hegel. Veamos.

Taylor advierte dos sentidos de contradicción en Hegel: el primero como contraste de una cosa con otras cosas y el otro como interacción causal entre las cosas. En un momento, Hegel introduce los dos sentidos de contradicción para mostrar que la cosa finita, particular, autogenera una contradicción que destruye o aniquila la particularidad de la cosa y deja al descubierto la totalidad que la subyace necesariamente y que es la única que debe existir.

Para mostrar lo anterior Hegel se apoya en una premisa de acuerdo con la cual la identificación de una cosa particular requiere el contraste de esa cosa con otras cosas, pero la subsistencia de la cosa particular requiere de su interac-

ción causal con las otras cosas. En ambos casos la cosa particular niega las otras cosas para poder afirmarse como esa cosa determinada. En una forma nada clara, Hegel concluye que esta interacción causal con las otras cosas particulares acabará por privarla de su particularidad y por lo tanto la destruirá, dejando solo la totalidad de las cosas. La aniquilación de la cosa constituye una premisa demasiado fuerte para lograr su conclusión acerca de la totalidad.⁸

Este increíble argumento juega equívocamente con dos cosas completamente distintas bajo la palabra “negación”, pero carece de necesidad alguna. Aunque sugerente, el argumento carece de fuerza y no puede establecer la conclusión especulativa deseada. Ni la determinación ni la interacción causal tienen que resultar en la aniquilación de la cosa finita.

Esto no es lo peor, sin embargo, pues igual flaqueza padecen los otros argumentos de la *Lógica*. Esto permite concluir que el argumento especulativo de Hegel no queda establecido en forma alguna y ello nos arrastra a enfrentar una alternativa: hay que suministrar el argumento que falta, a manera de llevar a feliz término las intuiciones de Hegel, o bien hay que ofrecer otra interpretación de la obra hegeliana que legitime sus pretensiones sin comprometerla con una demostración especulativa que escapa a nuestras fuerzas o carece de sentido. Así, por ejemplo, en la dialéctica de la cosa habría que separar la prueba conceptual de que sólo la totalidad existe, del dibujo que Hegel ofrece de una totalidad en proceso que incluye la finitud de una manera sugerente y especial.

V. *Hermenéutica*

La falta de necesidad destruye el argumento de Hegel y muestra que no ha superado las objeciones de Kant en contra

⁸ Parte de la explicación de esto consiste en que Hegel no desea una conclusión solamente epistemológica; desea la destrucción de la cosa finita o particular misma, para poder concluir que la idea de cosa finita es una ilusión o falsa concepción y que no existe nada que se le parezca. En otras palabras, se trata de un error de la conciencia inmediata.

de la metafísica especulativa. ¿Debemos descartar por lo tanto el intento de Hegel? No, por cierto, pero hay que distinguir varias cosas.

Hegel intenta suprimir las dicotomías mostrando, con un vasto y envolvente argumento, cómo las subyace una profunda unidad. El argumento carece de necesidad, pero no por ello deja de ser plausible y posible.

Visto desde otra perspectiva, Hegel exhibe una enorme cantidad de argumentos particulares de gran fuerza, imaginación y perceptividad. De esta suerte, desfilan a través de sus obras ricas objeciones en contra del atomismo, del formalismo ético y epistemológico, del individualismo, del subjetivismo, del romanticismo, etcétera. Alguna de esas objeciones han sido convalidadas en nuestros días.

Mas aún, hay en Hegel intuiciones cuyo desarrollo bien merece tratados complejos. Así, por ejemplo, su idea de la distinción apariencia-realidad es un instrumento conceptual que debemos recoger en nuestra lógica filosófica; y otro tanto su idea de un monismo no-reduccionista, su tesis de la enajenación, de la conciencia, de las conexiones conceptuales que dan por resultado su tesis totalista, su idea del hombre total y finalmente sus ideas del deber y el fin como implicando realidad. El racionalismo complejo de Hegel es sin duda un legado definitivo.

Y bueno, aunque el argumento general de Hegel no resulte constrictivo y no alcance sus metas especulativas, tiene un valor interpretativo innegable. Bien puede ser que este tipo de gigantomaquia filosófica sea imposible, pero no es imposible emprender una interpretación de la vastedad que intentó Hegel. Por el contrario, esa empresa resulta sugerente, fecunda y necesaria.

Pero ¿en qué consiste tal empresa? Algo se dijo ya al respecto y vale la pena cualificarlo un poco antes de terminar.

No toda la filosofía es o tiene que ser demostrativa —si es que puede serlo. Muchas de nuestras aspiraciones humanas quedan legítimamente satisfechas sin demostración. Un

caso relevante es el del arte. Las necesidades teóricas —la filosofía entre ellas— no constituyen una excepción a esto. Por el contrario, las necesidades que buscan satisfacer los complejos sistemas de metafísica pueden encontrar una solución fecunda en el trazo de una imagen diferente a la que estamos acostumbrados o de aquélla que se nos impone.

En este sentido, la filosofía de Hegel constituye una aportación al arsenal para lidiar con el problema fundamental de nuestra subjetividad. Hay en la obra de Hegel un trazo gigantomáquico de la subjetividad frente al mundo y todo lo que es externo a ella. Este afán sintético de ofrecer una visión unitaria de la identidad fundamental entre la totalidad del ser y nuestra subjetividad, es una proeza que no debemos ignorar ni olvidar.

Hegel presionó el idealismo y llegó a través de él al realismo, o a lo que promete ser una síntesis de ambos. Su tarea corre paralela, en un tramo al menos, con la de Hume. Para éste la tarea consiste en mostrar el absurdo que encierra el programa cartesiano y ofrecer a cambio su naturalismo psicológico. Para Hegel, la tarea es ofrecer una “deducción” del mundo a partir del *cogito*, con el resultado de que el *cogito* y su conciencia inmediata atómica se destruyen como tales y se estructuran y funden en la totalidad que los sustenta. Ambos filósofos parten del cartesianismo para desembocar en formas distintas de naturalismo.⁹

El enorme fresco subyugante que nos legó Hegel constituye un reto y una tarea. Hay que rescatarlo en la forma hermenéutica sugerida a lo largo de este trabajo y hay que intentarlo una y otra vez. Si es verdad —según se ha objetado— que esta tarea descansa en el uso de conceptos esencialmente controvertidos, la solución no es abandonar la tarea

⁹ Esta es mi sugerencia: que cuando dejamos de lado las pretensiones especulativas de Hegel despejamos el camino y podemos ver su síntesis como una forma de naturalismo filosófico. Dicho en otra forma: si hacemos consecuente el idealismo objetivo de Hegel, encontraremos que su idealismo se destruye y de este aniquilamiento surge un naturalismo totalista.

sino volver menos controvertidos esos conceptos. No debemos ignorar el rigor del análisis conceptual, como tampoco debemos renunciar a la fascinante tarea de trazar nuevos e imaginativos dibujos de la totalidad en la que existimos.